Tony DiTerlizzi y Holly Black

Traducción de Carlos Abreu

Título Original: *The Field Guide*
Traducción: Carlos Abreu
Diseño del libro: Tony DiTerlizzi y Dan Potash
1ª edición: noviembre, 2003

Para mi abuela Melvina, que me aconsejó
que escribiera un libro como éste, y a quien
le dije que nunca lo haría.
H.B.

Para Arthur Rackbam: que continúe
inspirando a otros como
me ha inspirado a mí
T.D.

CARTA DE HOLLY BLACK

CARTA DE LOS HERMANOS GRACE

MAPA DE LA ESTANCIA SPIDERWICK

CAPÍTULO UNO
Donde los hermanos Grace llegan a su nuevo hogar

CAPÍTULO DOS
Donde se exploran dos paredes con métodos radicalmente distintos

CAPÍTULO TRES
Donde se plantean muchos interrogantes

CAPÍTULO CUATRO
Donde se dan respuestas, pero no a las preguntas adecuadas

CAPÍTULO CINCO
Donde Jared lee un libro y tiende una trampa

CAPÍTULO SEIS
Donde aparecen cosas inesperadas en el congelador

CAPÍTULO SIETE
Donde se descubre el destino de los ratones

SOBRE TONY DITERLIZZI….

Y SOBRE HOLLY BLACK

AGRADECIMIENTOS

Querido lector:

Tony y yo somos amigos desde hace años, y siempre hemos compartido cierta fascinación por la literatura fantástica. No siempre habíamos sido conscientes de la importancia de esa afinidad ni sabíamos que sería puesta a prueba.

Un día, Tony y yo —junto con varios otros autores— estábamos firmando ejemplares en una librería grande. Cuando terminamos, nos quedamos para ayudar a apilar libros y charlar, hasta que se nos acercó un dependiente y nos dijo que alguien había dejado una carta para nosotros. Cuando le pregunté exactamente a quién iba destinada, su respuesta nos sorprendió.

—A vosotros dos —señaló.

La carta aparece transcrita íntegramente en la siguiente página. Tony se pasó un buen rato contemplando la fotocopia que la acompañaba. Luego, en voz muy baja, se preguntó dónde estaría el resto del manuscrito. Escribimos una nota a toda prisa, la metimos en el sobre y le pedimos al dependiente que se la entregase a los hermanos Grace.

No mucho después alguien dejó un paquete atado con una cinta roja delante de mi puerta. Al cabo de pocos días, tres niños llamaron al timbre y me contaron esta historia.

Lo que ha ocurrido desde entonces es difícil de describir. Tony y yo nos hemos visto inmersos en un mundo en el que nunca creímos realmente. Ahora sabemos que los cuentos de hadas son algo más que relatos para niños. Nos rodea un mundo invisible, y queremos desvelarlo ante tus ojos, querido lector.

Holly Black

Queridos señora Black y señor DiTerlizzi:

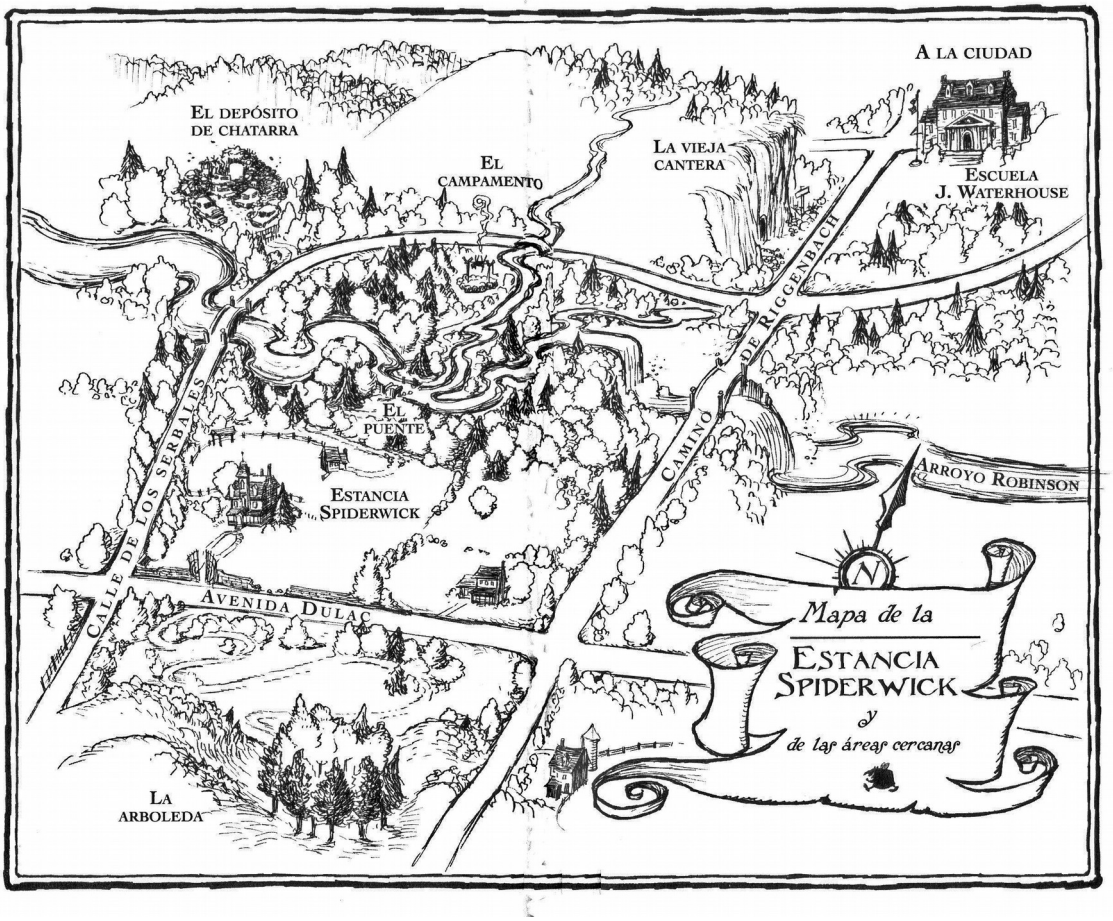
Sé que un montón de gente no cree en los seres sobrenaturales, pero yo sí, y sospecho que ustedes también. Después de leer sus libros, les hablé a mis hermanos de ustedes y decidimos escribirles. Algo sabemos sobre esos seres. De hecho, sabemos bastante.

La hoja que adjunto es una fotocopia de un viejo libro que encontramos en el desván. No está muy bien hecha porque tuvimos problemas con la fotocopiadora. El libro explica cómo identificar a los seres mágicos y cómo protegerse de ellos. ¿Serían tan amables de entregarlo a su editorial? Si pueden, por favor metan una carta en este sobre y devuélvanlo a la librería. Encontraremos el modo de enviarles el libro. El correo ordinario es demasiado peligroso.

Sólo queremos que la gente se entere de esto. Lo que nos ha pasado a nosotros podría pasarle a cualquiera.

Atentamente.

Mallory, Jared y Simon Grace.


A LA CIUDAD
EL DEPÓSITO DE CHATARRA
EL CAMPAMENTO
LA VIEJA CANTERA
ESCUELA J. WATERHOUSE
CAMINO DE RIGGENBACH
EL PUENTE
CALLE DE LOS SERBALES
ESTANCIA SPIDERWICK
ARROYO ROBINSON
AVENIDA DULAC
N
Mapa de la
ESTANCIA SPIDERWICK
y
de las áreas cercanas
LA ARBOLEDA

Más bien parecían un montón de barracas

CAPÍTULO UNO

Donde los hermanos Grace llegan a su nuevo hogar

Si alguien hubiese preguntado a Jared Grace en qué trabajarían sus hermanos cuando fuesen mayores, no se lo habría pensado dos veces. Habría respondido que su hermano Simón sería veterinario o domador de leones, y que su hermana Mallory se dedicaría profesionalmente a la esgrima o acabaría en la cárcel por pinchar a alguien con una espada. Sin embargo, el propio Jared no sabía qué quería llegar a ser. No es que nadie se lo preguntase, en realidad. Nadie le pedía su opinión sobre nada. La nueva casa, por ejemplo. Jared Grace alzó la vista y achicó los ojos. Quizás aquello le parecería más bonito si lo viese borroso.

—Es una barraca —comentó Mallory, bajando del coche. Pero eso no era del todo cierto. Más bien parecía un montón de barracas colocadas una encima de otra. Tenía varias chimeneas, y una valla de hierro coronaba el último tejado como un llamativo sombrero.

—No está tan mal —dijo su madre con una sonrisa sólo un poco forzada—. Es victoriana.

Simón, el gemelo de Jared, no parecía disgustado. Debía de estar pensando en todos los animales que podría tener ahora. En realidad, considerando todos los que había llegado a acumular en el pequeño dormitorio que compartía con él en Nueva York, Jared supuso que harían falta muchos conejos, erizos y demás que rondaran por ahí para satisfacer las ansias de

Simón.

—Vamos, Jared —lo llamó su hermano. Jared se percató de que todos habían subido los escalones de la entrada y él se había quedado solo en el jardín, contemplando la casa.

La puerta, de un tono apagado de gris, estaba desgastada. Los pocos restos de pintura que quedaban incrustados en las grietas y alrededor de las bisagras eran de un color crema indeterminado. Había una aldaba oxidada en forma de cabeza de carnero sujeta en el centro de la puerta con un clavo grueso.

Mamá introdujo una llave dentada en la cerradura, la giró y empujó fuerte ayudándose con el hombro. La puerta se abrió a un oscuro vestíbulo. La única ventana se encontraba en mitad de las escaleras, y sus vidrios coloreados teñían las paredes con una tétrica luz rojiza.

—Es tal como la recordaba —dijo con una sonrisa.

—Pero más hecha polvo —añadió Mallory.

Por toda respuesta, mamá exhaló un suspiro.

El vestíbulo conducía a un comedor en el que no había otro mueble que una mesa alargada con viejas manchas. Zonas del enlucido del techo estaban agrietadas, y una araña de luces colgaba de unos cables medio pelados.

—¿Por qué no empezáis a traer cosas del coche? —dijo mamá.

—¿Traerlas? ¿Adónde? ¿Aquí? —inquirió Jared.

—Sí, aquí. —Mamá depositó la maleta en la mesa sin hacer caso de la nube de polvo que se levantó—. Si vuestra tía Lucinda no nos hubiese dejado quedarnos aquí, no sé dónde habríamos acabado. Debemos estarle agradecidos.

Los tres hermanos guardaron silencio. Por más que se esforzaba, Jared no sentía nada remotamente parecido a la gratitud. Desde que su padre se marchó de casa, todo había ido de mal en peor. Había tenido problemas en el colegio, como el moratón en su ojo izquierdo le recordaba continuamente. Aun así, esa casa... Esa casa era lo peor que le había ocurrido hasta entonces.

—Jared —dijo su madre cuando él se disponía a salir detrás de Simón para descargar el coche.

—¿Qué?

Ella aguardó a que los otros dos se alejasen por el vestíbulo antes de hablar.

—Es nuestra oportunidad de empezar de cero, ¿de acuerdo? Una buena oportunidad para todos.

Él asintió con la cabeza, de mala gana. No hacía falta que ella aclarase lo que quería decir: que la única razón por la que no lo habían expulsado del colegio era que se iban a mudar de todos modos. También por ese motivo debía sentirse agradecido. Pero no lo estaba.

Fuera, Mallory había apilado dos maletas encima de un gran baúl.

—Por lo visto se está matando de hambre —comentó.

—¿Tía Lucinda? Lo que pasa es que es vieja —dijo Simón—. Vieja y chiflada.

—He oído a mamá mientras hablaba por teléfono —replicó Mallory, sacudiendo la cabeza—. Le estaba contando a tío Terrence que tía Lucinda cree que unos hombrecillos le traen la comida.

—¿Qué esperabas? Está en un manicomio —dijo Jared.

Mallory prosiguió como si no lo hubiese oído.

—Les dijo a los médicos que la comida que le daban era mucho más sabrosa que cualquiera de las cosas que ellos pudieran probar jamás.

—Te lo estás inventando. —Simón se pasó al asiento de atrás y abrió una de las maletas.

Mallory se encogió de hombros.

—Si se muere, alguien heredará este lugar y tendremos que mudarnos de nuevo.

—Entonces quizá podríamos regresar a la ciudad —aventuró Jared.

—Ni lo sueñes —repuso Simón, sacando varios pares de calcetines enrollados—. ¡Oh, no! *¡Jeffrey* y *Lemondrop* han hecho un agujero en la caja!

—Mamá te dijo que no trajeras los ratones —le reprochó Mallory—. Te dijo que ahora podrías tener mascotas normales.

—Si los soltara, seguro que acababan enganchados en una trampa o algo así —se lamentó Simón, volviendo un calcetín del revés y sacando un dedo por el agujero de la punta—. ¡Además, tú has traído toda tu chatarra de esgrima!

—No es chatarra —gruñó Mallory—. Y lo que te aseguro es que no está viva.

—Déjalo en paz —dijo Jared.

—Sólo porque tengas un ojo morado no creas que no te puedo dejar el otro igual. —La melena de Mallory ondeó hacia atrás cuando se volvió hacia él para ponerle una maleta pesada en las manos—. Carga con esto si eres tan duro.

Aunque Jared sabía que algún día sería más grande y fuerte que ella (cuando ella no tuviera trece años ni él nueve), le costaba imaginarlo.

Jared se las arregló para cruzar el umbral con la maleta a cuestas antes de dejarla caer. Supuso que podría arrastrarla durante el resto del camino si hacía falta sin que nadie se enterase. Sin embargo, a solas en el vestíbulo de la casa, Jared ya no se acordaba de cómo llegar al comedor. Desde donde se encontraba, dos pasillos serpenteaban hacia el interior de la casa.

—¿Mamá? —Pese a que pretendía llamarla en voz alta, de su garganta brotó un gritito apenas perceptible incluso para él.

No obtuvo respuesta. Dio un paso vacilante y después otro, hasta que el crujido de una tabla del suelo lo detuvo.

¿Mamá?

Justo entonces, oyó que algo rascaba, y que lo hacía desde dentro de la pared. El sonido se desplazó hacia arriba y se desvaneció tras sobrepasar el techo. El corazón le latía con fuerza.

«Seguro que es sólo una ardilla», se dijo. Después de todo, la casa parecía

estar cayéndose a pedazos. Podía haber cualquier cosa viviendo allí; tendrían suerte si no había un oso en el sótano ni pájaros en los conductos de la calefacción. Si es que en una casa así había calefacción, claro.

—¿Mamá? —llamó de nuevo, en voz aún más baja.

La puerta se abrió a su espalda y Simón entró con dos frascos de conservas que contenían sendos ratones grises de ojos saltones. Por detrás de él apareció Mallory con cara de pocos amigos.

—He oído algo —dijo Jared—, dentro de la pared.

—¿Algo? ¿Y qué era? —preguntó Simón.

—No lo sé... —Jared no quería reconocer que, por un momento, había creído que se trataba de un fantasma—. Seguramente una ardilla.

Simón examinó la pared con interés. El papel pintado, con dibujos en plata y dorado, se abombaba en muchas zonas, y en otras se había desprendido completamente.

—¿Tú crees? ¿Aquí, en la casa? ¡Siempre he querido tener una ardilla!

Como a nadie pareció preocuparle que hubiese algo dentro de la pared, Jared no volvió a tocar el tema. Sin embargo, mientras llevaba la maleta al comedor, no podía dejar de pensar en su pequeño apartamento de Nueva York y en lo que era esa familia antes del divorcio. Deseaba que todo aquello formase parte de unas vacaciones estrambóticas y no de la vida real.

Al oír el chirrido de unos goznes se sobresaltó.

CAPÍTULO DOS

Donde se exploran dos paredes con métodos radicalmente distintos

Debido a las goteras, el suelo de la planta de los dormitorios estaba peligrosamente podrido salvo en tres habitaciones. Su madre se quedó con una, Mallory con otra, y Jared tuvo que instalarse en la tercera con Simón.

Cuando terminaron de deshacer las maletas, todos los muebles de la mitad de Simón estaban cubiertos de recipientes de vidrio. Algunos contenían multitud de peces, y el resto estaba abarrotado de ratones, lagartijas y otros animales que Simón había comprado o atrapado para encerrarlos en esos recipientes acondicionados con lodo.

Mamá le había dado permiso para que se lo trajera todo, menos los ratones, que le parecían repugnantes porque Simón los había rescatado de una trampa en el apartamento de la señora Levette, la vecina de abajo. Fingió no darse cuenta de que a pesar de todo los había traído. Jared daba vueltas y más vueltas sobre el incómodo colchón, con la almohada apretada sobre la cabeza, como si intentara asfixiarse, pero no lograba pegar ojo. No le importaba compartir la habitación con Simón, pero dormir en un cuarto lleno de animales que se movían, y soltaban pequeños chillidos, y escarbaban en sus jaulas, le resultaba más inquietante que estar solo. Todo le llevaba a pensar en eso que se movía dentro de la pared. En la ciudad compartía el dormitorio con Simón y sus bichos, pero sus ruidos apenas se oían sobre el rumor del tráfico,

las sirenas y la gente. En ese nuevo lugar, en cambio, todo era desconocido para él.

Al oír el chirrido de unos goznes se sobresaltó y se incorporó en la cama. Había una figura en el umbral, con un espectral vestido blanco y una larga cabellera negra. Jared salió de la cama tan deprisa que ni siquiera fue consciente de haberlo hecho.

—Soy yo —susurró la figura. Era Mallory, en camisón—. Me parece que he oído a tu ardilla.

Jared se levantó del suelo tratando de decidir si la presteza con que se había quedado ahí en cuclillas era señal de cobardía o simplemente de unos reflejos rápidos. Simón no tenía ninguna de esas dudas. Roncaba plácidamente en la otra cama.

Mallory se puso las manos en la cintura.

—¿Qué haces ahí parado? No va a quedarse quieta esperando a que la atrapemos.

Jared le sacudió el hombro a su hermano.

—Simón, despierta. Mascota nueva. Mascota nueeeeeva.

Simón se revolvió y gruñó, intentando taparse la cabeza con las mantas.

—Simón. —Jared se inclinó hacia él y empezó a gritarle, sacudiéndole el hombro—: ¡Ardilla! ¡Ardilla!

Simón abrió los ojos y los miró enfadado.

—Estaba durmiendo.

—Mamá ha ido a la tienda a por leche y huevos —dijo Mallory, quitándole las mantas de encima—. Me ha pedido que os vigile. No nos queda mucho tiempo antes de que regrese.

Los tres hermanos avanzaban sigilosamente por los oscuros pasillos de su nuevo hogar. Mallory, que iba delante, se detenía cada pocos pasos para escuchar. De vez en cuando oían como arañazos, y pisadas leves procedentes de las paredes.

El volumen del correteo aumentaba a medida que se acercaban a una habitación pequeña contigua a la cocina. Su madre les había explicado que allí dormía la criada en la época en que la casa tenía servicio. En el fregadero de la cocina, Jared vio una cacerola con los restos pegados de los macarrones con queso que su madre había preparado para la cena.

—Me parece que está ahí. Escuchad —susurró Mallory.

El sonido se interrumpió por completo.

Mallory agarró una escoba y la sujetó por el mango de madera como un bate de béisbol.

—Abriré un hueco en la pared —anunció.

—Mamá verá la pared cuando regrese —señaló Jared.

—¿Tal como está la casa? ¡Qué va, nunca se dará cuenta!

—¿Y si le das al bicho? —preguntó Simón—. Podrías hacerle daño.

Abriré un hueco en la pared

—Chisss —siseó Mallory. Cruzó la cocina con los pies descalzos y golpeó la pared con el mango de la escoba. El palo atravesó el enlucido, levantando una nube de polvo que se depositó en el pelo de Mallory, dándole un aspecto aún más fantasmagórico. Metió la mano en el agujero y arrancó un trozo de pared.

Jared se acercó. Notó que el vello de los brazos se le erizaba.

El espacio entre ambos tabiques estaba relleno de jirones de tela. Conforme desgajaba más pedazos aparecían otros objetos: restos de cortinas; trozos de seda y encaje; alfileres clavados en las vigas de ambos lados, formando una extraña y sinuosa hilera; la cabeza de una muñeca, apoyada en un rincón; cucarachas muertas ensartadas como en una guirnalda. Había soldaditos de plomo con las manos y los pies fundidos, desperdigados entre las tablas como un ejército derrotado. Los fragmentos de un espejo roto reflejaban la luz desde el lugar en el que alguien los había pegado con una cola amarillenta.

Mallory metió la mano en el nido y sacó una medalla de esgrima. Era de plata y colgaba de una gruesa cinta azul.

—Esta medalla es mía —dijo.

—Debe de haberla robado la ardilla —supuso Simón.

—No... Todo esto es demasiado extraño —dijo Jared.

—Dianna Beckley tenía hurones y decía que le robaban las Barbies —comentó Simón—. A muchos animales les gustan las cosas que brillan.

—Pero fíjate en eso. —Jared señaló las cucarachas—. ¿Dónde se ha visto que un hurón se haga sus propios adornos asquerosos?

—Saquemos todo esto de aquí —propuso Mallory—. Tal vez si se queda sin nido será más fácil mantenerla alejada de la casa.

Jared titubeó. No le apetecía meter las manos en la pared para explorar el hueco a tientas. ¿Y si el bicho que vivía ahí dentro lo mordía? No era ningún experto, pero no se acababa de creer que en semejante agujero asqueroso viviera una ardilla.

—No creo que debamos hacer eso —dijo.

Mallory no le hizo caso. Estaba demasiado ocupada buscando algún recipiente en el que poner toda esa porquería. Simón se puso a sacar tiras de tela mohosa.

—Y tampoco hay excrementos. Qué raro.

Simón dejó caer lo que sostenía y tiró de otro bulto. Al ver a los soldaditos se detuvo.

—Éstos son chulos, ¿no, Jared?

—Sí —dijo Jared—, pero con manos estarían mucho mejor.

Simón se guardó unos cuantos en el bolsillo del pijama.

—Simón —dijo Jared—, ¿has oído hablar alguna vez de un animal así? Me refiero a que algunas de estas cosas son muy extrañas, ¿sabes? Es como si esa ardilla estuviese tan loca como tía Lucy.

—Sí, es bastante demencial —reconoció Simón con una risita.

Mallory refunfuñó y de repente se quedó callada.

—Lo he oído otra vez.

—¿Qué has oído? —preguntó Jared.

—Ese ruido. Chisss. Viene de ahí. —Mallory empuñó de nuevo la escoba.

—Callaos —susurró Simón.

—Estamos callados —siseó Mallory.

—Silencio —dijo Jared.

Los tres se acercaron sigilosamente al lugar de donde provenía el sonido, que había cambiado. Ya no era el repiqueteo de unas zarpas pequeñas contra la madera, sino el roce definido de unas uñas contra el metal.

—Mirad. —Simón se agachó para tocar una pequeña puerta corredera empotrada en la pared.

—Es un montaplatos —explicó Mallory—. Los sirvientes lo usaban para subir las bandejas del desayuno. Debe de haber otra portezuela como ésta en algún dormitorio.

—Suena como si esa cosa estuviese en el hueco —observó Jared.

Mallory inclinó todo el cuerpo hacia el interior de la caja metálica.

—Hay muy poco sitio. Tendrá que probar uno de vosotros.

—No sé... —dijo Simón, dirigiéndole una mirada escéptica—. ¿Y si las cuerdas no son lo bastante resistentes?

—Total, no caeríais de muy alto —contestó Mallory, y ambos chicos la miraron asombrados.

—Bueno, vale, iré yo —dijo Jared. Le alegraba que hubiese algo que Mallory no podía hacer. Parecía un poco ofendida. Simón sólo parecía preocupado.

El interior de la caja estaba sucio y olía a madera vieja. Dobló las rodillas e inclinó la cabeza hacia delante. Cabía, pero a duras penas.

—¿La ardilla o lo que sea sigue en el hueco del montaplatos? —La voz de Simón sonaba metálica y lejana.

—No lo sé —respondió Jared en voz baja, escuchando el eco de sus palabras—. No oigo nada.

—¿Ves algo? —preguntó Mallory, tirando de la cuerda. Con una sacudida y un leve zarandeo, el montaplatos comenzó a elevarse dentro de la pared, con Jared en su interior.

—¡No! —gritó Jared. Oía el roce de las uñas, pero era un sonido distante —. Está totalmente oscuro.

Mallory bajó el montaplatos.

—Tiene que haber una vela por algún sitio —dijo, abriendo cajones hasta que encontró un cabo de vela blanca y un frasco de conservas. Encendió la mecha con uno de los quemadores de gas de la cocina—. Toma, Jared. Sujeta esto.

—Mallory, ya ni siquiera oigo a esa cosa —protestó Simón.

—Quizá se haya escondido —dijo Mallory, y dio un tirón a la cuerda.

Jared intentó acurrucarse más al fondo de la caja, pero no había espacio suficiente. Tenía ganas de decirles que aquello era una estupidez y que quería echarse atrás, pero no abrió la boca. En cambio, se dejó izar hacia las tinieblas, con el farol improvisado entre las manos.

El montaplatos comenzó a elevarse

La caja de metal ascendió unos pocos metros por dentro de la pared. La luz de la vela formaba un halo que reflejaba de manera irregular los objetos. La ardilla o lo que fuese podría haber estado justo a su lado, casi tocándolo, sin que él se diese cuenta.

—No veo nada —dijo en voz muy alta, aunque no estaba muy seguro de que alguien lo oyese.

Fue un lento ascenso, y Jared sentía que le faltaba el aire. Tenía las rodillas apretadas contra el pecho, y los pies se le estaban entumeciendo por permanecer doblados tanto tiempo. Se preguntó si la vela estaría consumiendo todo el oxígeno disponible.

Entonces, con una sacudida, el montaplatos se detuvo.

Algo raspó la caja de metal.

No sabía muy bien donde se encontraba

—¡La cuerda no da más! —gritó Mallory por el hueco—. ¿Ves algo?

—No —dijo Jared—. Creo que se ha atascado.

Se oyó de nuevo el rasqueteo, como si algo intentase agujerear la parte superior del montaplatos con las zarpas. Jared soltó un chillido y dio unos golpes desde dentro, tratando de ahuyentar a la cosa. De repente, el montaplatos se deslizó hacia arriba unos centímetros y se detuvo de nuevo, ahora en el interior de una habitación débilmente iluminada por la luz de la luna que se colaba por una pequeña ventana.

—¡Lo he logrado! ¡Estoy en el piso de arriba! —exclamó, saliendo a gatas de la caja.

La habitación tenía el techo bajo, y las paredes estaban recubiertas de estanterías con libros. Al volverse, Jared descubrió que el cuarto no tenía puerta.

De pronto, se percató de que no sabía muy bien dónde se encontraba.

Jared paseó la vista por la habitación

CAPÍTULO TRES

Donde se plantean muchos interrogantes

Jared paseó la vista por la habitación. Era una biblioteca más bien pequeña, con un escritorio gigantesco en el centro. Sobre él descansaba un libro abierto junto a un par de gafas redondas de aspecto extraño que relucían a la luz de la vela. Jared se acercó a examinar los libros de los estantes. El tenue resplandor apenas alcanzaba a iluminar un título por vez. Todos eran bastante curiosos: *Historia de los enanos de Escocia, Compendio de apariciones de trasgos en todo el mundo* y *Anatomía de los insectos y otros seres voladores.*

A lo largo del borde del escritorio había una hilera de frascos con bayas y plantas. Uno contenía guijarros de color pardusco. Al lado estaba un esbozo a la acuarela de una niña pequeña y un hombre que jugaban en el jardín. Los ojos de Jared toparon con una nota que alguien había dejado descuidadamente sobre un libro abierto.

El papel se había puesto amarillo con el paso del tiempo y, como todo lo demás en esa habitación, estaba cubierto de una gruesa capa de polvo, pero en él había escrito a mano un poema:

En un arco grande y profundo
está mi decreto para el mundo.
Si lo sencillo puede ser doble
pronto verás que mi empeño es noble.
Arriba, arriba, siempre arriba,
que tengas suerte, amigo o amiga.

Tomó el papel y lo repasó con atención. Era como si hubiesen dejado un mensaje expresamente para él. Pero... ¿quién? ¿Qué significaba aquel poema?

Lo sobresaltó un grito procedente de la planta baja:

—¡Mallory, Simón! ¿Qué hacéis levantados?

Jared soltó un quejido. Mamá tenía que regresar de la tienda justo en ese momento.

—Había una ardilla por ahí dentro y nosotros... —oyó decir a Mallory.

—¿Dónde está Jared? —la interrumpió mamá.

Ninguno de sus hermanos contestó.

—Bajad ese montaplatos ahora mismo. Si vuestro hermano está ahí dentro...

Jared se acercó corriendo a tiempo de ver la caja desaparecer por el hueco de la pared. El brusco movimiento hizo que la vela, sofocada por la cera, chisporroteara, pero finalmente no se apagó.

—¿Lo ves? —oyó que decía Simón en un tono poco convincente.

El montaplatos había llegado vacío abajo.

—Bueno, y entonces ¿dónde está?

—No lo sabemos —respondió Mallory—. Acostado, seguramente.

—Bueno —dijo mamá con un suspiro—, pues idos a la cama vosotros también. ¡Ahora mismo!

El sonido de sus pisadas se alejó. Tendrían que esperar un rato antes de poder escabullirse para sacar a Jared de allí. Siempre y cuando no creyesen que el montaplatos lo había llevado al piso de los dormitorios, claro está. Quizás incluso les extrañaría no encontrarlo en la cama. ¿Cómo iban a saber que estaba atrapado en una habitación sin puertas?

Se volvió al oír un ruido tras de sí. Procedía de la zona del escritorio.

Jared levantó el farol improvisado y vio unas palabras garabateadas en el polvo del escritorio. Unas palabras que no estaban ahí antes.

Abracadabra, vigila tu espalda.

Jared dio un respingo. Inclinó sin querer la vela, y la cera derretida apagó la llama. Se quedó a oscuras, tan asustado que apenas podía moverse. Había algo allí, en esa habitación, ¡algo que sabía escribir!

Retrocedió hacia el hueco vacío del montaplatos, mordiéndose el labio para no gritar. En la planta baja se oía el rumor de las bolsas de la compra que su madre debía de estar vaciando.

—¿Quién anda ahí? —susurró Jared en la oscuridad—. ¿Quién eres?

Nadie respondió.

—Sé que estás ahí —dijo, pero no obtuvo contestación, y el sonido del roce cesó.

¿Quién eres?

Oyó que su madre subía las escaleras y cerraba la puerta. Después el silencio; un silencio tan denso y abrumador que Jared sentía que se ahogaba. De hecho, le parecía que si respiraba demasiado fuerte delataría su presencia. En cualquier momento la cosa podía saltarle encima.

Al percibir un crujido que salía de la pared se puso en pie de un brinco. Entonces cayó en la cuenta de que se trataba del montaplatos. Avanzó a tientas hacia allí.

—Métete —musitó su hermana desde abajo.

—Jared se acomodó mal que bien en la caja de metal. Se sentía tan aliviado que apenas notó que lo estaban bajando hacia la cocina.

En cuanto salió del montaplatos, comenzó a hablar.

—¡Había una biblioteca! Una biblioteca secreta llena de libros raros. Y había algo ahí... Ha escrito algo en el polvo.

—Chisss, Jared —lo acalló Mallory—, que mamá nos va a oír.

Jared le mostró el papel con el poema.

—Échale un vistazo a esto. Son como unas instrucciones.

—Bueno, pero ¿has visto algo o no? —preguntó Mallory.

—He visto el mensaje escrito en el polvo. Decía: «Vigila tu espalda.» —contestó Jared, agitado.

—Eso puede llevar años ahí escrito —observó Mallory, sacudiendo la cabeza.

—No lo estaba —repuso Jared—. He visto el escritorio un momento antes y no había nada escrito ahí.

—Cálmate —dijo Mallory.

—¡Mallory, que lo he visto! —insistió él.

Ella lo agarró por la camisa.

—¡No grites!

—¡Mallory, deja en paz a tu hermano! —Su madre los miraba desde lo alto de la escalera con cara de enfadada—. Creía que ya lo habíamos dejado claro. Si vuelvo a veros levantados, os encerraré en vuestra habitación.

Mallory soltó a Jared, sin dejar de mirarle fijamente.

—¿Y si tenemos que ir al baño? —preguntó Simón.

—¡Vamos, a la cama! —repitió su madre.

Subieron las escaleras, y Simón y Jared se dirigieron a su dormitorio. Jared se tapó hasta la cabeza con las mantas y cerró con fuerza los ojos.

—Yo te creo... Lo de la nota y todo eso —susurró Simón, pero Jared no contestó, porque se alegraba de estar en la cama. De hecho, tenía ganas de pasar el resto de la semana acostado.

¡Suéltame!

CAPÍTULO CUATRO

Donde se dan respuestas, pero no a las preguntas adecuadas

Los gritos de Mallory despertaron a Jared. Se levantó de un salto y, a toda prisa por el pasillo, adelantó a Simón y entró en la habitación de su hermana. Largos mechones del cabello de Mallory estaban atados a la cabecera de latón, y ella tenía la cara muy roja, pero lo peor era el extraño dibujo que formaban los moratones que presentaba en los brazos.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Jared.

—¡Suéltame! —sollozó Mallory—. ¡Córtame los nudos! ¡Quiero levantarme de esta cama! ¡Quiero irme de esta casa, ahora mismo! ¡La odio!

—¿Quién ha hecho esto? —Mamá miraba muy enfadada a Jared.

—¡No lo sé! —Jared se volvió hacia Simón, que estaba en la puerta, con expresión perpleja. Sin duda el autor de aquello era la cosa que corría por dentro de la pared.

Su madre abrió mucho los ojos. Daba miedo.

—¡Jared Grace, anoche te vi discutir con tu hermana!

—¡Mamá, yo no he sido, de verdad! —Le horrorizaba que lo considerase capaz de hacer semejante cosa. Siempre discutía con Mallory, pero sus peleas no tenían mayor importancia.

—¡Ve a por las tijeras, mamá! —gritó Mallory.

—Vosotros dos, fuera de aquí. Jared, ya hablaré contigo más tarde.

Jared salió de la habitación con el corazón latiéndole a toda velocidad. No podía evitar estremecerse al pensar en el pelo anudado de Mallory.

—Tú crees que lo ha hecho esa cosa, ¿verdad? —le preguntó Simón.

—¿Tú no? —inquirió Jared, mirándolo angustiado.

Simón asintió con la cabeza.

—No dejo de pensar en el poema que encontré —dijo Jared—. Es la única pista que tenemos.

—¿De qué puede servirnos un estúpido poema?

—No lo sé —suspiró Jared—. Tú eres el listo. Deberías estar resolviendo el misterio.

—¿Y cómo es que a nosotros no nos ha pasado nada, ni tampoco a mamá?

Jared no había pensado en eso.

—No lo sé —dijo de nuevo. Simón lo miró durante largo rato.

—¿Y bien? ¿Qué opinas tú? —preguntó Jared.

—No sé qué pensar —dijo Simón dirigiéndose a la puerta—. Creo que saldré a atrapar grillos.

Jared lo observó mientras se marchaba, preguntándose qué podría hacer. ¿Sería capaz de dar con la solución por sí solo?

Mientras se vestía, reflexionó sobre el poema. El verso más sencillo decía: «Arriba, arriba, siempre arriba», pero ¿a qué se refería exactamente? ¿Al piso superior de la casa? ¿Al tejado? ¿A un árbol? Quizá sólo se trataba de un poema archivado por algún pariente fallecido, de algo que no le serviría de nada.

Sin embargo, puesto que Simón estaba ocupado buscando presas para sus mascotas y Mallory seguía intentando soltarse de la cama, a él no le quedaba nada mejor que hacer que preguntarse cuan «arriba, arriba» era necesario que fuera.

De acuerdo, quizá no fuese la pista más clara, después de todo. Aun así, Jared supuso que no pasaría nada si subía al desván.

La pintura de las escaleras estaba desconchada, y varios escalones crujieron tanto cuando los pisó que Jared temió que fuesen a partirse bajo su peso. El desván era un cuarto muy amplio con el techo inclinado y un gran agujero en el suelo, junto a una pared, a través del cual se veía una de las habitaciones inutilizables. Viejas fundas para ropa colgaban de un alambre tendido en medio del desván. Había un tocador arrimado a la pared del fondo, y numerosas casitas para pájaros colgadas de las vigas. Cerca del tocador se erguía un maniquí, con un sombrero en la bola que tenía por cabeza. En el centro del cuarto se elevaba una escalera de caracol.

Arriba, arriba, siempre arriba

Arriba, arriba, siempre arriba. Jared subió los peldaños de dos en dos. Llegó a una habitación pequeña y luminosa. Tenía ventanas por los cuatro costados, y, al asomarse, Jared vio más abajo la pizarra desportillada y en mal estado del tejado. Vislumbró el coche de su madre, aparcado en el camino de grava. Incluso se alcanzaba a ver la vieja cochera y la larga extensión de hierba que se adentraba en el bosque. Ésta debía de ser la parte de la casa coronada por aquella extraña valla de hierro. Era un sitio estupendo. Hasta Mallory quedaría impresionada cuando la llevase ahí arriba. Quizás así conseguiría olvidarse de lo ocurrido con su cabello.

No había gran cosa en la habitación. Sólo un viejo baúl, un taburete, un fonógrafo y rollos de descoloridas telas.

Jared se sentó, se sacó del bolsillo el poema arrugado y lo leyó de nuevo. «En un arco grande y profundo está mi secreto para el mundo.» Estos versos lo

inquietaban. ¿Dónde encontraría un arco grande? ¿Cómo podía un arco ser profundo?

La resplandeciente luz amarilla del sol que bañaba el suelo del cuarto le infundió confianza. En las películas, rara vez sucedían desgracias a plena luz del día. Aun así, no se animaba a abrir el cofre.

Quizá debía salir y encontrar a Simón para pedirle que subiese con él. Pero ¿y si el baúl estaba vacío, o el poema no tenía nada que ver con los moratones y los nudos en el pelo de Mallory?

Como no se le ocurrió otra cosa, se arrodilló para quitar la mugre y las telarañas de la tapa del cofre con la mano. El cuero putrefacto estaba ceñido por unas tiras de metal herrumbroso. Por lo menos podría echar una ojeada. Tal vez la pista resultaría más evidente si averiguaba qué había dentro.

Jared respiró hondo y tiró hacia arriba de la tapa. Estaba lleno de ropa de aspecto muy viejo y apolillado. Debajo había un reloj de bolsillo con una larga cadena, una gorra raída y una cartera de piel repleta de lápices extraños y trozos de carboncillo.

Nada de lo que contenía el baúl parecía un secreto para el mundo, ni para nadie.

Tampoco había un arco ni cosa semejante.

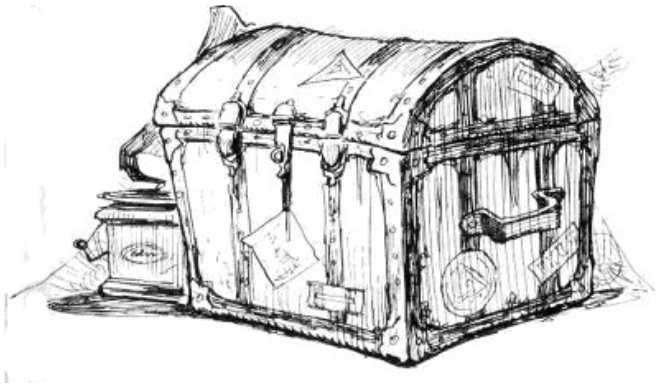
«En un arco grande y profundo está mi secreto para el mundo.»

De nuevo bajó la vista hacia el contenido del cofre. Entonces se le iluminó la mente.

Tenía ante sí un arcón. Un arco grande podía ser un arcón.

Jared emitió un gruñido de frustración. ¿De qué le servía estar en lo cierto si no disponía de pruebas que lo demostrasen? No había nada útil en el arcón, y los demás versos del poema no tenían el menor sentido. «Si lo sencillo puede ser doble, pronto verás que mi empeño es noble.» ¿Cómo podía traducirse eso en algo concreto? Parecía un juego de palabras.

Pero ¿qué podía ser lo doble? ¿Algo relacionado con su situación, o con los objetos que contenía el arcón? ¿El arcón en sí? Al pensar en arcones, le vinieron a la cabeza imágenes de piratas en una playa, enterrando tesoros en lo más profundo de la arena.



Jared se puso de rodillas y comenzó a apretar el fondo del baúl, hundiendo los dedos en el polvo, en busca de ranuras que le permitiesen abrir algún compartimento oculto. Como no las encontró, se puso a palpar el exterior de la caja. Por último, cuando presionó distraídamente el borde del costado izquierdo con tres dedos, una portezuela se abrió de golpe.

Temblando de emoción, Jared metió la mano en el compartimento. No

había más que un paquetito envuelto en un sucio trozo de tela. Lo sacó y, al desliarlo, dejó al descubierto un libro viejo y descuadernado que olía a papel quemado. En la tapa, unas letras grabadas decían: *«Cuaderno de campo del mundo fantástico,* por Arthur Spiderwick.»

La cubierta tenía los bordes desgastados. Cuando abrió el libro, vio que estaba lleno de bocetos pintados con acuarela. El texto, escrito a tinta, se había emborronado con el tiempo y a causa de la humedad. Pasó las páginas rápidamente, fijándose en las notas insertas en el volumen. Estaban garabateadas con una caligrafía muy parecida a la del acertijo.

Lo más raro

Lo más raro, sin embargo, era el tema del libro. Estaba repleto de información sobre seres fantásticos.

Pasó las páginas rápidamente

CAPÍTULO CINCO

Donde Jared lee un libro y tiende una trampa

Mallory y Simón se hallaban en el jardín, practicando esgrima, cuando Jared salió a su encuentro. La cola de caballo de Mallory sobresalía por detrás de su careta de esgrimista, y a Jared le pareció más corta que de costumbre. Parecía que Mallory quería compensar la debilidad que había mostrado desvalida en la cama, manejando el florete con mucha agresividad. Simón no lograba realizar un solo tocado. Su hermana lo estaba arrinconando contra la pared de la desvencijada cochera, y el chico intentaba llevar a cabo paradas cada vez más desesperadas.

—¡He encontrado algo! —gritó Jared. Simón volvió la cabeza, cubierta con la careta. Mallory aprovechó la oportunidad para atacar y le acertó en el pecho con la punta de su florete de esgrima.

—Tres a cero —dijo—. ¡Menuda paliza te estoy dando!

—Has hecho trampa —protestó Simón.

—Te has dejado distraer —replicó Mallory. Simón se arrancó la careta y la arrojó al suelo.— ¡Muchas gracias! —dijo mirando con indignación a Jared.

—Lo siento —dijo Jared mecánicamente.

—El que hace esgrima con ella siempre eres tú. Yo sólo había salido a atrapar renacuajos —refunfuñó Simón.

—Oye, pues estaba ocupado. Que no tenga a un montón de estúpidos bichos que cuidar no significa que no pueda estar ocupado —contraatacó Jared.

—¡Bueno, bueno, tranquilos! —exigió Mallory, quitándose también la careta. Tenía el rostro enrojecido—. ¿Qué has encontrado?

Jared intentó recuperar algo de su entusiasmo.

—Un libro, en el desván. Trata sobre seres fantásticos, fantásticos pero reales. Fijaos qué feos son.

Mallory le arrebató el libro de las manos y le echó un vistazo.

—Esto es para críos. Un libro de cuentos.

—No, de eso nada —repuso Jared acaloradamente—. Es un cuaderno de campo, ¿sabes? Como los de pájaros. Te enseña a identificar las distintas especies.

—¿Crees que fue uno de estos seres fantásticos el que me ató el pelo a la cama? —preguntó Mallory—. Mamá piensa que fuiste tú. Tiene la sensación de que has estado comportándote de un modo extraño desde que papá se fue. Por las peleas en las que te metías en el colé y todo eso.

Simón permaneció callado.

—Pero tú no piensas eso, ¿verdad que no? —dijo Jared con la esperanza de que ella le diese la razón—. Además, tú siempre te metes en peleas.

Mallory respiró profundamente.

—No creo que seas lo bastante idiota como para hacerme eso a mí —dijo, levantando el puño para mostrar lo que pensaba hacerle al culpable—, pero tampoco creo que hayan sido seres fantásticos.

Durante la cena, mamá guardó un silencio inusual mientras les servía pollo y puré de patatas. Mallory tampoco estaba muy parlanchina, pero Simón no paraba de hablar de los renacuajos que había encontrado y de que pronto se convertirían en ranas, pues ya les habían salido patitas.

Jared los había visto. Les faltaba aún un largo camino por recorrer. Esas cosas que Simón llamaba «patitas» parecían más bien bultos propios de los pescados.

—Mamá —dijo Jared al cabo de un rato—, ¿tenemos un pariente que se llame Arthur?

Su madre levantó la vista del plato con suspicacia.

—No, no lo creo. ¿Por qué lo preguntas?

—Sólo por curiosidad —murmuró Jared—. ¿Y Spiderwick?

—Es el apellido de tu tía abuela Lucinda —respondió ella—. Y también era el apellido de soltera de mi madre. Quizás ese Arthur que dices fuese pariente suyo. Y ahora cuéntame, ¿por qué te interesa saber todo esto?

—He encontrado en el desván algo que le pertenecía, eso es todo —dijo Jared.

—¡En el desván! —Mamá por poco derrama el té helado—. Jared Grace, como bien sabes, el suelo del segundo piso está tan podrido que si das un paso en falso puedes acabar en la sala de abajo.

—No me he salido de la zona segura —se defendió Jared.

—No sabemos si hay una zona segura en el desván. No quiero que nadie suba a jugar ahí, y mucho menos tú —replicó ella, clavando los ojos en Jared.

Él se mordió el labio. «Y mucho menos tú.» Jared no dijo una palabra más

durante el resto de la cena.

—¿Vas a pasarte toda la noche leyendo eso? —preguntó Simon, que estaba sentado de la habitación. *Jeffrey* y *Lemondrop* correteaban sobre el edredón, y los nuevos renacuajos nadaban en una de las peceras.

—¿Te parece mal? —repuso Jared. Cada página quebradiza ofrecía multitud de datos increíbles. ¿Era posible que hubiese duendes en la casa, elfos en el jardín y espíritus acuáticos en el río cercano? El libro los describía de forma muy realista. Jared no tenía ganas de hablar con nadie en ese momento, ni siquiera con Simón. Sólo deseaba seguir leyendo.

—No, no me parece mal —dijo Simón—, pero creía que a estas alturas ya te habrías aburrido. Normalmente no te gusta leer.

Jared alzó la vista y parpadeó. Era cierto. El lector empedernido era Simón. Por lo común, la ocupación de Jared era meterse en líos.

—Puedo leer si quiero —dijo, volviendo una página.

—¿Te da miedo dormirte? —preguntó Simón bostezando—. Ya sabes, esta noche puede ocurrir algo que...

—Fíjate en esto —dijo Jared señalando una de las páginas—. Habla de los duendes...

—¿Duendes? ¿Estás de broma?

—Mira, son así. —Jared le puso a Simón el libro delante de la cara. El papel amarillento mostraba el dibujo a tinta de un hombrecillo que posaba con un plumero fabricado con un volantín de bádminton y un alfiler. A su lado había una figura encorvada, también pequeña, pero ésta con un trozo de cristal roto en la mano.

—¿Y eso qué es? —Simón señaló a la segunda figura, intrigado a su pesar.

—El tal Arthur dice que es un trastolillo. Verás, los duendes son tipos serviciales, pero si los haces enfadar se ponen como locos. Les da por hacer todo tipo de cosas malas y no hay quien los pare. Entonces se convierten en trastolillos. Yo creo que eso es lo que tenemos.

—¿Crees que lo hemos hecho enfadar al desbaratarle su casa?

Fíjate en esto

—Tal vez sí. O tal vez ya estuviese un poco chiflado antes. Fíjate bien en él y entenderás lo que quiero decir. —Jared señaló la ilustración—. No parece el tipo de criatura que vive en una casa macabra decorada con bichos muertos.

Simón asintió con la cabeza mientras seguía contemplando los dibujos.

—Ya que encontraste el libro en esta casa —dijo—, ¿crees que se trata de un retrato de nuestro trastolillo?

—No había pensado en eso —reconoció Jared en voz baja—, pero tiene sentido.

—¿Dice el libro lo que tenemos que hacer?

Jared sacudió la cabeza.

—Explica las distintas formas de pillarlo. No me refiero a atraparlo, sino a conseguir verlo o encontrar pruebas...

—Jared —Simón no sonaba muy convencido—, mamá nos ha dicho que cerremos la puerta y nos quedemos aquí dentro. Sólo nos faltaría ahora que le dieses otro motivo para creer que fuiste tú quien atacó a Mallory.

—Eso es lo que ella cree de todos modos. Si algo ocurre esta noche, también me echará la culpa.

—No, no lo hará. Le diré que has pasado toda la noche aquí. Además, así también estaremos seguros de que a nosotros dos no nos pasa nada.

—¿Y qué pasa con Mallory? —le preguntó Jared.

—La he visto irse a la cama con uno de sus floretes de esgrima —respondió Simón encogiéndose de hombros— Yo no me metería con ella.

Un cuaderno de campo

—Tienes razón. —Jared se acostó y volvió a abrir el libro— Leeré un poco más y ya está.

Simón hizo un gesto afirmativo y se levantó para meter a los ratones en su jaula. Después se metió en la cama y se tapó la cabeza con las mantas tras farfullar «Buenas noches».

Conforme leía, Jared se adentraba más y más en el extraño mundo del bosque y el arroyo, repleto de seres que parecían tan próximos que casi podía acariciar los costados brillantes y escamosos de las sirenas. Casi podía sentir el calor del aliento del trol y oír el fragor de las fraguas de los enanos.

Cuando volvió la última página, era muy tarde. Simón estaba tan arrebujado en las mantas que Jared sólo alcanzaba a verle la coronilla. Escuchó con atención, pero no oyó más que el silbido del viento que se colaba por el tejado y el borboteo del agua de las tuberías. Nada de ruidos ni rasqueteos, ni pequeños gritos. Incluso las bestias de Simón dormían.

Jared pasó a la página donde decía: «A los trastolillos les divierte atormentar a aquellos a quienes antes protegían, y, entre otras travesuras, hacen que la leche se agrie, las puertas se cierren de golpe y los perros

cojeen.»

Simón le creía —bueno, a medias—, pero Mallory y mamá no. Además, Simón y él eran gemelos. El hecho de que Simón le creyese apenas tenía importancia. Jared releyó la sugerencia del libro: «Esparcir azúcar o harina en el piso es una manera de obtener huellas.»

Si les mostraba unas pisadas a los demás, no les quedaría otro remedio que creerle.

Jared abrió la puerta y bajó las escaleras sigilosamente. La cocina estaba a oscuras y en completo silencio. Avanzó de puntillas sobre las baldosas frías hasta la encimera, sobre la que descansaba el tarro de botica en el que su madre guardaba la harina. Tomó varios puñados y los esparció generosamente por el suelo. Apenas veía nada, y no estaba seguro de si las pisadas se notarían mucho.

Por otro lado, quizás el trastolillo ni siquiera se pasearía por la cocina. Hasta ahora, parecía que se limitaba a moverse por dentro de las paredes. Pensó en lo que el libro le había enseñado sobre los trastolillos. Eran maliciosos, estaban llenos de odio y resultaba muy difícil deshacerse de ellos.

La cocina estaba oscura

Sin embargo, cuando tenían aspecto de duendes eran amables y simpáticos. Hacían toda clase de trabajos a cambio de un cuenco de leche. ¿Y si...? Jared se acercó a la nevera y llenó de leche un pequeño bol. Quizá si lo dejaba por ahí, a la criatura le entrarían ganas de salir de las paredes y dejar

huellas en la harina.

Sin embargo, al observar el plato de leche ahí en el suelo, no pudo evitar sentirse un poco culpable y un poco raro al mismo tiempo. En primer lugar, le parecía extraño estar ahí abajo, tendiéndole una trampa a algo en lo que seguramente no habría creído hacía dos semanas.

Por otro lado, la razón por la que se sentía como una mala persona era que... Bueno, sabía lo que era estar enfadado, lo fácil que resultaba meterse en peleas, incluso aunque uno estuviese equivocado. Pensaba que quizás el trastolillo se sentía como él.

Pero entonces se percató de otra cosa: había dejado sus propias huellas en la harina, desde el cuenco de leche hasta el pasillo.

—¡Diablos! —masculló mientras iba a buscar la escoba.

Y de pronto se encendió la luz.

—¡Jared Grace! —gritó mamá desde lo alto de las escaleras.

Jared se volvió. Era muy consciente de lo culpable que parecía.

—¡Vuelve a la cama! —le ordenó ella.

—Sólo quería atrapar... —Pero su madre no le dejó terminar.

—A la cama, jovencito. Ahora.

Después, al pensarlo con más tranquilidad, incluso se alegraría de no haber podido decir nada. Su explicación sobre el ser sobrenatural probablemente no habría producido un buen efecto.

Tras echar un vistazo por encima del hombro a la harina que recubría el suelo, Jared se escurrió escaleras arriba.

La cocina estaba hecha un desastre

CAPÍTULO SEIS

Donde aparecen cosas inesperadas en el congelador

—J ared, más vale que te levantes.

Jared se revolvió al oír la voz de su madre. Parecía enfadada.

—¿Qué pasa? —preguntó Jared, soñoliento, asomándose por encima de las mantas. Por un momento creyó que era muy tarde y tenía que ir al colegio, hasta que se acordó de que se habían mudado, y por el momento ni siquiera sabía qué aspecto iba a tener su nueva escuela.

—¡Levántate, Jared! —insistió su madre— ¿Qué? Pretendes que creamos que no lo sabes, ¿verdad? Muy bien, pues ahora bajaremos y podrás ver qué pasa, ¡y tanto que lo verás!

La cocina estaba hecha un desastre. Mallory, escoba en mano, barría los pedazos de un cuenco de porcelana roto. Las paredes estaban salpicadas de sirope de chocolate y zumo de naranja, y las ventanas chorreaban de huevos que habían lanzado contra ellas.

Simón estaba sentado a la mesa de la cocina. Tenía los brazos cubiertos de moratones iguales a los que presentaba Mallory el día anterior, y sus ojos estaban rojos, como si hubiese llorado.

—¿Y bien? —preguntó su madre, a la expectativa.

—Yo... yo no he sido —tartamudeó Jared, paseando la vista de uno a otro. No iban a creer que él era capaz de hacer algo así... ¿O sí?

De pronto, allí en el suelo de la cocina, junto a cereales desparramados y pieles de naranja, Jared vio unas pisadas diminutas en la harina. Eran del tamaño de su meñique, y en ellas se distinguía claramente la forma del talón, tras unas marcas difusas que bien podían corresponder a los dedos de los pies.

—¡Mirad! —señaló Jared— Fijaos. Huellas pequeñitas.

Mallory levantó la mirada hacia él, con los ojos entrecerrados de rabia.

—¡Venga, cállate, Jared! Mamá dice que te vio aquí anoche. ¡Si hay huellas son las tuyas!

—¡No es verdad! —chilló Jared.

—¿Por qué no echas una ojeada dentro del congelador, eh?

—¿Qué? —preguntó Jared.

Simón soltó un sollozo especialmente húmedo.

Su madre le quitó la escoba a Mallory y puso a barrer la harina y los cereales.

—No, mamá, las huellas... —protestó Jared, pero su madre no le hizo el menor caso. Dos escobadas bastaron para que la única prueba que él tenía acabase en la basura.

Mallory abrió la puerta del congelador. Los renacuajos de Simón se hallaban congelados en sendos compartimentos de la cubitera. Al lado había una nota escrita con tinta en un trozo de caja de cereales:

Tiene sus bemoles congelar a unos ratones.

—¡Y no encuentro a *Jeffrey* ni a *Lemondrop* —exclamó Simón.

—Y ahora ¿por qué no nos cuentas qué has hecho con los ratones de tu hermano? —dijo la señora Grace.

—Mamá, no he sido yo. De verdad.

Mallory agarró a Jared del hombro.

—No sé qué intentas hacer, pero lo lamentarás.

—Mallory —la reconvino mamá. Su hermana lo soltó, pero con una mirada que prometía futuros actos de violencia.

—No creo que haya sido Jared —dijo Simón, respirando entrecortadamente—. Creo que ha sido el trastolillo.

Su madre guardó silencio. En la expresión de su rostro se notaba que, para ella, el hecho de que Jared convenciese a Simón de su inocencia era la peor de sus triquiñuelas.

—Jared —dijo—, para empezar, vas a recoger toda esta basura y vas a sacar las bolsas fuera de la casa. Si esto te ha parecido gracioso, veremos qué gracia te hace pasar el resto del día limpiando.

Jared agachó la cabeza. No había manera de lograr que le creyesen. Sin decir nada se vistió, y luego agarró tres bolsas de basura negras y empezó a llevarlas hacia la puerta principal.

Mamá, no he sido yo

Fuera hacía calor y el cielo estaba azul. El aire olía a pinaza y a césped recién cortado. Sin embargo, la luz del día no parecía ofrecer gran protección.

Una de las bolsas se enganchó en una rama y, cuando Jared le dio un tirón, el plástico se desgarró. Con un gruñido, dejó caer las otras bolsas para evaluar el daño. Era una rotura grande, y por ella asomaba el contenido de la bolsa. Cuando empezó a recogerla, se dio cuenta de lo que tenía en las manos. ¡Era el contenido de la casa de la criatura!

Examinó los trapos, la cabeza de muñeca y los alfileres con cabeza de perla. A la luz del sol descubrió cosas en las que no se había fijado antes. Vio un huevo de petirrojo, pero estaba aplastado. Había varias tiras de periódico dispersas, y cada una de ellas llevaba escrita una palabra extraña, como «luminiscente» y «soliloquio».

Jared juntó todas las piezas del nido y las colocó cuidadosamente, apartadas del resto de la basura. ¿Podría montarle al trastolillo una casa nueva? ¿Serviría de algo? ¿Conseguiría con ello que dejara de hacer travesuras? Le vino a la mente la imagen de Simón llorando y de los pobres y ridículos renacuajos congelados en la cubitera. No tenía ganas de ayudar al trastolillo. Deseaba atraparlo, propinarle patadas y hacer que lamentase haber salido de la pared.

Tras arrastrar las otras bolsas hacia la parte delantera del jardín, observó la pila de objetos que pertenecían al trastolillo. Sin saber muy bien si quemarlos, devolverlos o qué hacer con ellos, los recogió para llevarlos al interior de la casa.

Descubrió cosas en las que no se había fijado antes

Mamá estaba en el vestíbulo, esperándolo.

—¿Qué es todo eso? —preguntó.

—Nada —dijo Jared.

Por una vez, la señora Grace no hizo más preguntas, al menos respecto al montón de basura que llevaba.

—Jared, sé que estás disgustado desde que tu padre se fue. Todos lo estamos.

Jared fijó la vista en sus zapatos, sintiéndose incómodo. El hecho de que estuviese disgustado porque su padre se había ido no significaba que él hubiese puesto su nuevo hogar patas arriba ni pellizcado a su hermano hasta amoratarle los brazos ni atado el pelo de su hermana a la cabecera.

—¿Y? —preguntó, suponiendo que su madre estaba dándole a entender con su silencio que esperaba una respuesta.

—¿Y? —repitió ella, en el tono de exasperación acostumbrado— Pues que no debes dejarte llevar por tus sentimientos, Jared. Tu hermana se desahoga con la esgrima y tu hermano tiene a sus animales, pero tú...

—Yo no lo hice —dijo Jared—. ¿Por qué no me crees? ¿Por la pelea en el colegio?

—Tengo que reconocer —contestó mamá— que me chocó mucho enterarme de que le habías roto la nariz a un chico. A eso me refiero. Simón no se pelea con nadie. Y antes de que se marchara tu padre, tú tampoco lo hacías.

Jared estudió sus zapatos con más atención.

—¿Puedo entrar?

Ella asintió con la cabeza, pero lo detuvo posándole una mano en el hombro.

—Si vuelve a ocurrir algo, tendré que llevarte a que te vea alguien. ¿Está claro?

Jared movió la cabeza afirmativamente, pero lo invadió una sensación extraña. Recordó lo que había dicho acerca de tía Lucy y el manicomio, y de pronto le supo muy, pero que muy mal.

¡No, Mallory! ¡No!

CAPÍTULO SIETE

Donde se descubre el destino de los ratones

Necesito vuestra ayuda, de verdad —dijo Jared. Sus hermanos estaban sentados en el piso de madera, frente al televisor. Los dos tenían un control de videoconsola en las manos y, desde donde Jared se encontraba, se veían las luces de colores de la pantalla reflejadas en sus caras.

Mallory soltó un resoplido pero no contestó. Jared lo interpretó como una respuesta positiva. Toda reacción que no tuviese que ver con los puños era una respuesta positiva.

—Sé que piensas que fui yo —dijo Jared, abriendo el libro en la página que trataba de los trastolillos—, pero yo no lo hice, de verdad. Tú oíste aquella cosa que corría por dentro de la pared. Y del mensaje en el escritorio, ¿te acuerdas? Y las huellas en la harina... ¿Y qué me dices del nido? ¿Te acuerdas de que sacasteis todo lo que había en el nido?

Mallory se puso en pie y le arrebató el libro de las manos.

—Devuélvemelo —suplicó Jared, intentando agarrarlo.

Mallory lo elevó por encima de su cabeza.

—Este libro es la causa de todos nuestros problemas.

—¡No! —repuso Jared— Eso no es verdad. Encontré el libro después de que te anudaran el pelo. Devuélvemelo, Mallory. Por favor, devuélvemelo.

Ahora Mallory lo aferró por los extremos, dispuesta a romperlo.

—¡No, Mallory! ¡No! —Jared casi se quedó mudo de pánico. Si no se le ocurría algo enseguida, el libro acabaría hecho pedazos.

—Espera, Mallory —dijo Simón, levantándose del suelo.

Mallory le hizo caso.

—¿Cómo quieres que te ayudemos, Jared?

Jared respiró profundamente.

—He estado pensando que si lo que lo ha hecho enfadar es que le hayamos desarreglado su casa, quizá podríamos hacerle un nido nuevo. He... he agarrado una casita para pájaros y he puesto algunas cosas dentro, porque he pensado... Bueno, he pensado que tal vez el trastolillo era un poco como nosotros, porque también está en esta casa forzosamente, y tal vez ni siquiera quiere estar aquí. Quizá le dé mucha rabia.

—Bueno, antes de decirte que te creo —dijo Mallory, sujetando el libro de un modo menos amenazador— quiero que me expliques exactamente qué quieres que hagamos.

—Necesito que me subáis en el montaplatos —respondió Jared—, quiero llevar la casita a la biblioteca. Me parece que allí estará segura.

—Déjame ver esa casita —pidió Mallory, y, junto con Simón, siguió a Jared al pasillo, donde él la había dejado.

Era una pajarera de madera lo bastante grande para alojar un cuervo. Jared la había encontrado entre las otras que estaban colgadas en el desván. La había abierto por detrás y, muy ordenadamente, había colocado dentro todo menos las cucarachas. Había pegado con cinta adhesiva a las paredes las palabras escritas en tiras de periódico, así como pequeñas fotografías sacadas de revistas.

—¿Has recortado las revistas de mamá para hacer eso? —preguntó Simón.

—Sí —contestó Jared con timidez.

—Pues la verdad es que te ha quedado bastante bien —reconoció Mallory—. Te habrá llevado trabajo...

—Entonces, ¿me ayudaréis? —Jared deseaba recuperar el libro, pero no quería hacerla enfadar de nuevo.

Mallory miró hacia Simón, y luego ambos asintieron con la cabeza.

—Pero quiero ir yo primero —señaló Simón.

—Claro —dijo Jared después de titubear por un momento.

Pasaron sigilosamente junto al cuarto desde donde su madre estaba telefoneando a empresas que pudieran hacer arreglos en la casa y entraron en la cocina.

Simón se detuvo delante del montaplatos.

—¿Creéis que mis ratones están vivos?

Jared no sabía qué decir. Quería que Simón lo ayudara, pero no quería mentir. Simón se arrodilló y subió al montaplatos. Mallory comenzó a tirar de la cuerda. Simón soltó una exclamación ahogada cuando empezó a moverse, pero luego no oyeron nada, incluso después de que el montaplatos se detuviese arriba.

—Dijiste que allí había un escritorio con papeles —observó Mallory.

—Sí. —Jared no sabía muy bien adonde quería ir a parar ella. Si no le creía, podría preguntarle a Simón cuando bajase de nuevo.

—Bueno, pues alguien tuvo que meterlo allí, de alguna manera. Y no es pequeño, ¿verdad? Así que un adulto trabajaba ahí dentro, pero... ¿cómo hacía para entrar?

Jared se quedó desconcertado por un momento, pero entonces comprendió.

—¿Por una puerta secreta?

—Tal vez —dijo Mallory, asintiendo con la cabeza.

El montaplatos bajó de nuevo, vacío, y Jared se metió en él, con la casita para pájaros sobre el regazo. Mallory lo izó y él ascendió por el interior del oscuro túnel. Aunque fue un viaje corto, Jared se alegró mucho de volver a ver la biblioteca.

Simón estaba en medio de la habitación, mirando alrededor con asombro.

—¿Qué te parece? —dijo Jared con una sonrisa.

—Esto es alucinante —exclamó Simón—. Fíjate en todos esos libros sobre animales.

Pensando en la puerta secreta, Jared intentó visualizar dónde estaban en relación con las habitaciones de la planta superior, para averiguar en qué dirección se hallaba el pasillo.

—Mallory cree que hay una puerta oculta —comentó.

Simón se acercó. La pared que Jared tenía enfrente estaba tapada por una estantería, un cuadro grande y un armario.

—Miremos tras el cuadro —dijo Simón, y juntos descolgaron la pintura. Era el retrato de un hombre delgado con gafas que estaba sentado muy tieso en un sillón verde. Jared se preguntó si ése sería Arthur Spiderwick.

Lo único que había detrás del cuadro era una pared lisa.

—¿Y si quitamos algunos libros? —sugirió Jared, retirando uno que se titulaba: *Setas sorprendentes, champiñones chocantes.*

Simón abrió las puertas del armario.

—Mira, fíjate en esto.

Las puertas daban al cuartito de la parte superior de la casa donde se guardaba la ropa blanca.

Pocos minutos después, Mallory se encontraba también en la habitación, echando un vistazo alrededor.

—Este lugar me pone los nervios de punta —comentó.

—Sí, y nosotros somos los únicos que lo conocemos —dijo Simón con una sonrisa.

Esto es alucinante

—Aparte del trastolillo —puntualizó Jared, y colgó su casita para pájaros de un aplique de la pared. Mallory y Simón lo ayudaron a comprobar que estuviese ordenada por dentro, y cada uno de ellos añadió algo a la casa. Jared agregó uno de sus guantes de invierno, para que el trastolillo lo usara como saco de dormir. Simón aportó un cuenco pequeño con el que había dado de beber a las lagartijas. Pensaba que tendría alguna utilidad. Por último, algo debía de creer Mallory en lo que Jared le había contado, pues metió en la casita su medalla de plata de esgrima con una cinta azul.

Cuando terminaron, miraron el resultado de arriba abajo. Les pareció que era una casita acogedora.

—Dejémosle una nota —dijo Simón.

—¿Una nota? —preguntó Jared.

—Sí. —Simón rebuscó en los cajones del escritorio y encontró papel, un portaplumas con plumilla y un tintero.

—Oye, que no había visto esto —dijo Jared mirando una acuarela que había sobre la mesa. Era el retrato de un hombre y de una niñita. En la parte inferior, una inscripción de tinta borrosa rezaba: «Mi querida hija Lucinda, *4* años.»

—Así que Arthur debía de ser su padre, ¿no? —preguntó Mallory.

—Supongo que sí —dijo Simón mientras despejaba la mesa.

—Deja que lo haga yo —dijo Mallory—. Vosotros tardaríais siglos. Decidme qué queréis que escriba. —Abrió el tintero y mojó la pluma. Sus trazos eran irregulares pero claros.

—«Querido trastolillo...» —comenzó Simón.

—¿Crees que eso es lo bastante correcto? —preguntó Jared.

—Ya lo he escrito —dijo Mallory.

—«Querido trastolillo —repitió Simón—, te escribimos para pedirte disculpas por haberte destrozado tu casa. Esperamos que te guste la que hemos hecho para ti, y que, aunque no te guste, dejes de pellizcarnos y de revolver nuestras cosas, y, por favor, si tienes a *Jeffrey y* a *Lemondrop* cuídalos bien porque son buenos ratones.»

—Ya está —dijo Mallory.

—Muy bien —dijo Jared.

Dejaron la nota en el suelo, cerca de la casita, y salieron de la biblioteca.

A lo largo de la semana siguiente, ninguno de ellos tuvo tiempo de visitar la biblioteca, ni siquiera a través del armario de la ropa blanca. Los obreros iban y venían arreglando cosas por la casa durante el día, y su madre no les quitaba el ojo por la noche, hasta tal punto que incluso rondaba los pasillos.

Ya habían empezado a ir a clase, y no había sido tan terrible como Jared pensaba. El colegio nuevo era pequeño, pero tenía un equipo de esgrima en el que podía apuntarse Mallory, y nadie se metió con ellos los primeros días. Por el momento, Jared había logrado portarse bien.

No hubo más ataques nocturnos ni ruidos en las paredes. La única señal de que todo aquello había ocurrido era el cabello recortado de Mallory.

Aun así, Simón y Mallory tenían tantas ganas de ir a esa habitación como Jared.

La oportunidad se presentó el domingo siguiente, cuando mamá dejó de nuevo a los hermanos a cargo de Mallory y salió de compras. Tan pronto como el coche de mamá se alejó por el camino de acceso, los tres corrieron escaleras arriba.

Nada parecía haber cambiado dentro de la biblioteca. El cuadro estaba apoyado en la pared, la casita para pájaros colgaba del aplique y todo parecía estar en el mismo lugar donde ellos lo habían dejado. Pero...

—¡La nota ya no está! —anunció Simón.

—¿Te la has llevado tú? —le preguntó Mallory a Jared.

Un hombrecillo del tamaño de un lápiz

—¡No!

Alguien se aclaró la garganta, y los tres se volvieron hacia el escritorio. Allí, de pie, con un peto raído y un sombrero de ala ancha, estaba un hombrecillo del tamaño de un lápiz. Tenía ojos negros como escarabajos, una nariz grande y roja, y se parecía mucho a la ilustración que aparecía en el cuaderno. Aferraba un par de correas sujetas al cuello de dos ratones grises que olisqueaban el borde del escritorio.

—*¡Jeffrey! ¡Lenondrop!* —chilló Jared.

—A Dedalete le gusta su nuevo hogar —dijo el hombrecillo—, pero eso no es lo que ha venido a contar.

Mallory pareció despertar del trance.

—¿Tienes el libro? —preguntó.

Jared hizo un gesto afirmativo. Se había acostumbrado a llevarlo consigo a todas partes.

Mallory se arrodilló y comenzó a pasar las páginas más deprisa de lo que Jared podía leerlas.

—Oye, ¿qué estás haciendo? —le preguntó él.

—Sólo lo estoy mirando —respondió Mallory con una voz muy rara—. Es que... es un libro grande.

Desde luego no era un libro pequeño.

—Sí, supongo que tienes razón.

Deshaceos del libro

—Y todas estas entradas... Todas estas cosas... ¿existen de verdad? Jared, si todo esto es real, puede ser demasiado...

Entonces, de golpe, Jared entendió lo que su hermana quería decir. Desde ese punto de vista, era un libro grande, un libro gigantesco, demasiado extenso para comprenderlo en su totalidad. Y lo peor de todo era que no habían hecho más que empezar.

Sobre TONY DiTERLIZZI…

Autor de éxito del New York Times, Tony DiTerlizzi es el creador de la obra ganadora del premio Zena Sutherland Ted, Jimmmy Zanwow's Out-of-This-Word Moon Pie Adventure, así como de las ilustraciones por los libros de Tony Johnson destinados a lectores noveles. Más recientemente, su cinematográfica versión del clásico de Mary Howitt The Spider and the Fly recibió el Caldecott Honor. Por otra parte, los dibujos de Tony han decorado la obra de nombres tan conocidos de la literatura fantástica como J.R.R. Tolkien, Anne McCaffrey, Peter S. Beagle y Greg Bear. Reside con su mujer, Angela, y con su perro *Goblin*, en Amherst, Massachusetts. Visita a Tony en la Red: www.diterlizzi.com

y sobre HOLLY BLACK

Coleccionista ávida de libros raros sobre folclore, Holly Black pasó sus años de infancia en una decadente casa victoriana en la que su madre le proporcionó una dieta alta en historias de fantasmas y cuentos de hadas. De este modo, su primera novela: El Tributo de la Corte Oscura es un guiño de terror y de lo más artístico al mundo de las hadas. Publicado en el otoño de 2002, recibió buenas críticas y una mención de la American Library Association para literatura juvenil. Vive en West Long Brach, New Jersey, con su marido, Theo, y una remarcable colección de animales. Visita a Holly en la red: www.blackholly.com.

Tony y Holly continúan trabajando día y noche, lidiando con todo tipo de seres mágicos para ofreceros la historia de los niños Grace.

A los Grace y conocéis,
Pero falta mucho
Hasta el final
Ya lo veréis

¿Quién se atreve a vivir bajo un mugriento puente y se dedica a urdir viles planes que arrastra la corriente?

¿Cuándo se te cae un diente quién lo oculta en su bolsillo?
¿Un amigo sonriente… o un pícaro diablillo?

Sigue leyendo y lo sabrás…

AGRADECIMIENTOS

Tony y Holly quieren agradecer
el tino de Steve y Dianna,
la honestidad de Starr,
las ganas de compartir el viaje de Myles y Liza,
la ayuda de Ellen y Julie,
la incansable fe de Kevin en nosotros,
y especialmente la paciencia
de Angela y Theo,
inquebrantable incluso en noches enteras
de interminables discusiones
sobre Spiderwick.

El tipo utilizado para la composición
de este libro es Cochin. La tipografía
de las ilustraciones es Nevis Hand y Rackham.
Las ilustraciones originales son a lápiz y tinta.